

# OPERACIÓN MAURICIO

PATRICK O'BRIAN

# OPERACIÓN MAURICIO

Una novela de la Armada inglesa

Traducción de Aleida Lama Montes de Oca



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Mauritius Command*

Diseño de la sobrecubierta:  Calderón Studio®

Primera edición: julio de 2024

© Patrick O'Brian, 1977

All rights reserved.

© de la traducción: Aleida Lama Montes de Oca, 1995

© de la presente edición: Edhasa, 1995, 2024

Diputación, 262, 2.º 1.ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

ISBN: 978-84-350-6441-5

Impreso en Barcelona por CPI Black Print

Depósito legal: B 11632-2024

Impreso en España

Para Mary Renault

## NOTA A LA EDICIÓN ESPAÑOLA



Ésta es la tercera novela de la más apasionante serie de novelas históricas marítimas jamás publicada; por considerarlo de indudable interés, aunque los lectores que deseen prescindir de él pueden perfectamente hacerlo, ofrecemos al final de la obra un amplio y detallado Glosario de términos marinos.

Se ha mantenido el sistema de medidas de la Armada real inglesa, como forma habitual de expresión en la terminología náutica.

1 yarda = 0,9144 metros

1 pie = 0,3048 metros  $\longleftrightarrow$  1 m = 3,28084 pies

1 cable = 120 brazas = 185,19 metros

1 pulgada = 2,54 centímetros  $\longleftrightarrow$  1 cm = 0,3937 pulg.

1 libra = 0,45359 kilogramos  $\longleftrightarrow$  1 kg = 2,20462 lib.

1 quintal = 112 libras = 50,802 kg

## NOTA DEL AUTOR



A veces el lector de una novela, sobre todo de una novela que se desarrolla en otra época, desea saber si los sucesos relatados en ella han tenido lugar realmente, fuera de la mente del autor, o si, lo mismo que sus personajes, son imaginarios.

No hay duda de que tiene ventajas referir con entera libertad los hechos enmarcados en un contexto histórico, pero, en este caso, el hecho que sirve de base a la narración, una campaña poco conocida llevada a cabo en el océano Índico, es real, y, por lo que respecta a los datos geográficos, las maniobras, los barcos capturados, quemados, hundidos o destruidos, las batallas, las victorias y las derrotas, el autor ha seguido fielmente relatos de la época, los diarios de navegación y los informes de los oficiales que lucharon en las batallas, y los archivos del Almirantazgo. Aparte de los necesarios lances inventados que aparecen al principio y justamente al final, el autor no ha hecho nada por cambiar la historia, excepto omitir algunos barcos sin importancia que estuvieron presentes muy brevemente y en lugares imprecisos y podrían crear confusión, ni tampoco ha considerado apropiado recargar las tintas al hablar de la audacia y la capacidad de la Armada real de utilizar innumerables recursos en situaciones adversas.

## CAPÍTULO 1



El capitán Aubrey, de la Armada real, vivía en una zona de Hampshire donde abundaban los oficiales de Marina, algunos de los cuales habían llegado a almirantes en tiempos de Rodney, mientras que otros todavía esperaban conseguir el mando de un barco por primera vez. Los más afortunados tenían casas amplias y confortables desde donde se veían Portsmouth, Spithead, Saint Helens, la isla de Wight y la continua procesión de barcos de guerra, y el capitán Aubrey podría haber estado entre ellos, pues como capitán de corbeta y de navío había conseguido tan cuantiosos botines que era conocido en la Armada como Jack «el Afortunado». Sin embargo, debido a la falta de un barco, su desconocimiento de los negocios, la quiebra de su agente y el deshonesto proceder de su abogado vivía sólo con media paga y en una casa desde la cual no se veía el mar, ya que estaba situada en la cara norte de los *downs*,<sup>1</sup> no lejos de Chilton Admiral y su elevada montaña, que impedía verlo y apenas dejaba pasar el sol.

La casa, con fresnos a su alrededor, tenía un aire pintoresco, incluso romántico. Era ideal para dos personas en los primeros tiempos de su matrimonio, pero no era amplia ni confortable,

1 Downs: Colinas calizas situadas en la costa sureste de Inglaterra, de poca altitud pero muy escarpadas. Se extienden de este a oeste en dos cadenas paralelas a través de los condados de Surrey, Kent (donde forman el acantilado de Dover) y Sussex.

pues tenía el techo muy bajo y habitaciones reducidas e incómodas. Además, ahora contenía también dos hijas, una sobrina, una suegra arruinada, algunos muebles grandes de Mapes Court, la antigua casa de la señora Williams, y dos sirvientas; se parecía al Agujero Negro de Calcuta, a excepción de que éste era un lugar caliente y seco donde no corría el aire, mientras que en Ashgorve Cottage (Villa Fresneda) había corriente de aire por todas partes y la humedad que subía del suelo se sumaba a las goteras del techo, formando charcos en muchas habitaciones. A todas esas personas las mantenía el capitán Aubrey con nueve chelines diarios, pero recibía el dinero cada medio año, a menudo mucho después de la fecha ansiosamente esperada, y, aunque contaba con la ayuda de su suegra, que era muy economizadora, el esfuerzo de conseguirlo había hecho aparecer en su rostro, alegre por naturaleza, una expresión grave y preocupada. Además, en su expresión se advertía a veces cierta frustración, pues el capitán Aubrey, un marino nato pero también con una formación científica, se dedicaba al estudio de la hidrografía y la navegación y trataba de establecer un sistema para medir la longitud en el mar guiándose por las lunas de Júpiter, y, aunque él mismo esmerilaba los espejos y las lentes de su telescopio, le hubiera encantado poder gastarse una guinea o dos en planchas de latón bruñidas de vez en cuando.

Un poco más abajo de Ashgrove Cottage había un ancho camino que ascendía entre los bosques perfumados por las setas. Las fuertes lluvias de otoño habían convertido el suelo arcilloso en una ciénaga, y a través de ella, sentado de lado en su caballo, casi tumbado sobre el lomo y con las piernas encogidas para no tocar el barro, como si fuera un mono, cabalgaba el doctor Maturin, amigo íntimo del capitán Aubrey y el cirujano de muchos de los barcos que habían estado bajo su mando. Era un hombre bajito, sumamente raro, incluso de mal aspecto; tenía los ojos claros y la tez muy pálida, y llevaba una peluca rizada que indicaba su condición de médico, si bien le daba un aire anticuado. Iba muy



bien vestido —cosa poco habitual en él— con una chaqueta de color tabaco con botones plateados y calzones de ante, pero había echado a perder el efecto al ponerse en la cintura un fajín negro de tres vueltas que lo hacía parecer extravagante en la campiña inglesa. Llevaba en el arzón una red llena de setas muy variadas —setas de todo tipo, pies azules, rebozuelos, orejas de judío—, y al ver una gran cantidad de cabezas de fraile saltó del caballo, se agarró a un arbusto y empezó a subir por la pendiente. Mientras subía, salió de entre los árboles un pájaro blanco y negro de extraordinario tamaño que batía fuertemente sus enormes alas en medio del silencio. Maturin metió la mano entre los pliegues del fajín, sacó con rapidez un pequeño telescopio y enfocó el pájaro, que, al verse acosado por dos cuervos, cruzó el valle y desapareció tras la montaña que separaba Ashgrove Cottage del mar. Después de observarlo con gran satisfacción durante un rato, dirigió el telescopio hacia la casa y comprobó con asombro que el observatorio casero había sido desplazado bastante a la derecha, seguramente más de un estadio,<sup>2</sup> hasta un lugar de cincuenta pies menos de altura. Y allí, sobresaliendo de la característica cúpula como el capitán Gulliver hubiera sobresalido en un templo de Lilliput, estaba el capitán Aubrey, que tenía apoyado en ella un catalejo de los que utilizan los marinos y observaba atentamente algún objeto muy lejano. Como la luz le daba de lleno, el doctor Maturin pudo ver con nitidez su cara a través del telescopio y advirtió con sorpresa no sólo su expresión ansiosa, sino los signos de la edad y la infelicidad. La imagen que Stephen Maturin tenía de Aubrey era la de un joven alegre, fuerte y enérgico, por eso sintió una gran angustia al notar aquel cambio y el cansancio y la lentitud con que la distante figura guardaba el instrumento y se erguía, con una mano sobre la vieja herida de la espalda. Maturin guardó su telescopio, recogió las setas y llamó con un silbido a su caballo, un ca-

2 Estadio: Medida de longitud equivalente a la octava parte de una milla inglesa, o sea, a 220 yardas.

ballo árabe que obedeció como un perro, y, con una afectuosa mirada, contempló cómo el animal emprendía el difícil descenso por la pendiente, con el sombrero lleno de cabezas de fraile.

Diez minutos más tarde, se detuvo ante la puerta del observatorio, por la cual sobresalía el trastero del capitán Aubrey, llenando por completo la abertura. «Debe de tener el telescopio casi horizontal y estará inclinado sobre él. No ha perdido peso en el trasero y seguro que haría inclinarse el astil de la balanza hasta que marcara setenta libras», pensó el doctor Maturin. En voz alta dijo:

—¡Hola, Jack!

—¡Stephen! —exclamó Jack, saliendo de espaldas rápidamente con una agilidad asombrosa para ser un hombre tan robusto, y cogiendo a su amigo por ambas manos, mientras su cara enrojecía de satisfacción y la de Maturin también se cubría de un ligero rubor—. ¡Qué contento estoy de verte, querido Stephen! ¿Cómo estás? ¿Dónde te has metido todo este tiempo?

Entonces recordó que el doctor Maturin, además de médico, era agente secreto y necesariamente tenía que ocultar sus movimientos, y pensó que tal vez su aparición estaba relacionada con la reciente declaración de guerra de España a Francia, así que enseguida continuó:

—Sin duda estarías ocupándote de tus negocios. Estupendo, estupendo. Te quedarás aquí con nosotros, desde luego. ¿Has visto a Sophie?

—No. Me detuve a la puerta de la cocina y le pregunté a una joven si el capitán estaba en casa, pero al oír ruidos en el interior (que trajeron a mi memoria la matanza de los inocentes) me limité a dejar mi regalo y mi caballo y vine hasta aquí. Veo que has trasladado el observatorio.

—Sí. No costó mucho trabajo, porque toda la estructura apenas pesa tres quintales. Killick y yo únicamente le quitamos la cúpula, hecha con placas de cobre de la vieja *Diomed* que me permitieron sacar del astillero, y luego le clavamos un par de agarraderos y lo movimos en una mañana.

—¿Cómo está Killick? —inquirió Stephen.

Killick era el sirviente que Jack había tenido durante los últimos años. Los tres habían sido compañeros de tripulación en varias misiones y Stephen lo apreciaba mucho.

—Muy bien, según las noticias que me trajo Collard, de la *Ajax*. Me envió un bastón hecho del espinazo de un tiburón cuando nacieron las gemelas. Tuve que despedirlo, ya sabes...

Stephen asintió con la cabeza y preguntó:

—Entonces ¿el observatorio no estaba bien situado allí, junto a la casa?

—Sí, sí que lo estaba —respondió Jack vacilante—. Lo que ocurre, Stephen, es que desde aquí pueden verse la isla de Sight, el canal Solent, la punta de Gosport y Spithead. Ven, deprisa, echa un vistazo... Seguro que no se ha movido todavía.

Stephen acercó la cara al ocular y se hizo sombra con las manos, y allí, sobre un fondo claro y luminoso, vio un navío de tres puentes invertido y algo borroso que llenaba casi por completo el disco. Enfocó la lente y el navío pudo verse con claridad, con extraordinaria claridad. Sus velas, desde las juanetes hasta las mayores, estaban flácidas porque había calma chicha; la cadena del ancla salía por el escobén mientras los botes, al frente, tiraban de las espías para llevarlo al atracadero. Stephen lo observaba y al mismo tiempo escuchaba las explicaciones de Jack: ése era su nuevo espejo de seis pulgadas..., tres meses puliendo y esmerilando..., el toque final con el mejor barro de Pomerania..., la ayuda de la señorita Herschel había sido muy valiosa..., había rebajado demasiado el borde y cuando estaba a punto de dejarlo todo, ella había hecho posible que lo recuperara... una mujer admirable.

—No es el *Victory* —dijo Stephen cuando el navío comenzó a moverse—. Es el *Caledonia*; veo el escudo escocés. ¡Veo perfectamente el escudo escocés a esta distancia, Jack! Eres el mejor fabricante de espejos del mundo, realmente lo eres.

Jack se rio satisfecho y dijo con modestia:

—Bueno, lo que pasa es que hace un día estupendo para observar objetos distantes. No hay reflejos luminosos, ni siquiera en

la superficie del agua. Me gustaría que siguiera así hasta la noche, porque quiero enseñarte una estrella binaria de Andrómeda con una separación de un arco inferior a un segundo. Imagínatelo, Stephen. ¡Una separación de menos de un segundo! Con mi telescopio de tres pulgadas no pude conseguir mayor precisión que dos segundos. ¿No te gustaría ver una estrella binaria con una separación de menos de un segundo?

—Por supuesto, y creo que será algo prodigioso. Sin embargo, me quedaría aquí observando los barcos en el puerto. ¡Qué vida! ¡Qué actividad! Y nosotros por encima de ellos, como en el Olimpo. Apuesto a que pasas horas y horas aquí arriba.

—Sí, así es, Stephen, pero te ruego que no lo digas en casa. A Sophie no le importa que contemple las estrellas, aunque sea tarde (por cierto que para poder enseñarte Júpiter tendremos que quedarnos levantados hasta las tres de la madrugada), pero observar el canal Solent no tiene nada que ver con la astronomía. Ella no dice nada, pero se entristece cuando piensa que añoro la mar.

—¿La añoras mucho, Jack? —preguntó Stephen.

Pero, antes de que el capitán Aubrey pudiera responder, unos gritos que venían de la casa desviaron la atención de ambos. Se oía la voz ronca y marcial de la señora Williams regañando a una sirvienta y la voz chillona de ésta replicándole con tono desafiante. A veces, a través del aire inmóvil, las palabras llegaban con gran claridad a lo alto de la colina, y pudo oírse repetidamente el grito: «¡Un caballero extranjero los dejó en la cocina!». Sin embargo, por lo general, las acaloradas voces se superponían e incluso se confundían con el eco que llegaba desde el bosque del otro lado del valle, los chillidos de los niños y los continuos golpes de una puerta.

Jack se encogió de hombros y, tras una pausa, miró a su amigo con expresión benevolente y escrutó su rostro.

—No me has dicho aún cómo estás. ¿Cómo te encuentras ahora?

—Estupendamente bien, gracias, Jack. He tomado baños en Caldes de Boí no hace mucho y me han resultado muy beneficiosos.

Jack asintió con la cabeza, ya que conocía aquel sitio, un pueblo de los Pirineos no muy distante de la dehesa del doctor Maturin. Y es que Stephen, aunque era irlandés, tenía propiedades por aquellos lugares porque las había heredado de su abuela catalana.

—Y además de ponerme más ágil que un cervatillo —continuó el doctor Maturin— pude recoger un sinfín de valiosas observaciones sobre los cretinos de Boí. En Boí abundan los idiotas, amigo mío.

—Boí no es el único lugar, ni mucho menos. Si uno echa una mirada al Almirantazgo, ¿qué es lo que ve? Un general como *First Lord*, eso es lo que ve. ¿Puedes creerlo, Stephen? Y lo primero que hace ese maldito *chaqueta roja* es suprimir uno de los octavos de los capitanes, o sea, reduce nuestro botín en un tercio, lo cual es un absurdo, una rematada locura. Pero, además de los idiotas de Whitehall, en este pueblo hay media docena que no paran de chillar y farfullar en la plaza del mercado. Y para serte sincero, Stephen, estoy terriblemente preocupado por las gemelas, porque no me parecen muy inteligentes. Te agradecería que las examinaras, aunque seguro que querrás ver la huerta primero.

—Me encantaría. Y también ver las abejas.

—Bueno, a propósito de las abejas, han estado muy calladas durante las últimas semanas. Cierto que no me he acercado mucho a ellas desde que traté de quitarles la miel, pero tampoco las he visto por ahí. Y creo que ha pasado más de un mes desde que me picaron. No obstante, si quieres verlas tomaremos el camino de arriba.

Las colmenas, colocadas sobre escabeles pintados de blanco, formaban una fila perfecta, pero no se veía ninguna abeja. Stephen miró en su interior y, al ver la reveladora telaraña, empezó a mover de un lado a otro la cabeza y dijo:

—Aquí está la terrible polilla mayor de la cera.

Entonces levantó una colmena del escabel, le dio la vuelta y la mantuvo en el aire dejando a la vista el destrozado panal, donde los horribles gusanos formaban sus capullos.

—¿La polilla mayor de la cera? —preguntó Jack—. ¿Crees que yo hubiera podido hacer algo?

—No —respondió Stephen—. Nada, que yo sepa.

—No hubiera dejado que ocurriera algo así por nada del mundo. Estoy muy apenado. Para Sophie y para mí tenían un gran valor porque eran un regalo tuyo.

—No te preocupes —dijo Stephen—. Te traeré algunas más de una especie más fuerte. Vamos ahora a ver la huerta, por favor.

En el océano Índico, el capitán Aubrey había soñado con una casa de campo y un pedazo de tierra con surcos sembrados de nabos, zanahorias, cebollas, coles y judías, y ahora su sueño se había hecho realidad. Sin embargo, en el sueño no había tenido en cuenta el pulgón negro ni el gusano de alambre ni el escarabajuelo ni la larva de la títula ni el pulgón verde ni la mosca blanca. Allí estaban los surcos, excavados superficialmente en la árida tierra en un área de medio acre, tan rectos que parecían trazados con una regla, y en ellos crecían algunas plantas raquíticas.

—Naturalmente —dijo Jack—, no hay nada que ver en esta época del año. Pienso echar tres o cuatro carretadas de estiércol sobre la tierra en invierno y eso supondrá un gran cambio. Les he echado un poco a mis coles de Brunswick, que están al otro lado de los rosales de Sophie. Ven por aquí.

Iban bordeando las escuálidas patatas cuando Jack, señalando hacia el otro lado del seto, dijo:

—Ésa es la vaca.

—Me imaginaba que era una vaca. Y obtendrás leche, sin duda.

—Así es. Grandes cantidades de leche, mantequilla, nata, carne de ternera... Bueno, eso es lo que estamos esperando ansiosamente, pero por el momento está seca.

—Sin embargo, no parece estar preñada; está flaca y su aspecto es cadavérico, faraónico.

—Bueno, Stephen, la verdad... —dijo Jack con la mirada fija en la vaca—, la verdad es que rechaza el toro. Él es muy apasionado... ¡Dios mío, sí que lo es! Pero ella no le hace caso y él, enfu-

recido, lanza bramidos y escarba la tierra..., y nosotros nos quedamos sin leche.

—Desde un punto de vista filosófico, su comportamiento es bastante lógico. Piensa en los continuos y agotadores embarazos, que son el precio de un momento de placer, diría yo, aleatorio. Piensa en las molestias que produce una ubre llena, por no hablar de las del inevitable parto, que, además, entraña muchos riesgos. Y no he mencionado la angustia de ver a un hijo convertido en una *blanquette* de ternera, porque eso es una peculiaridad de las vacas. Si yo fuera una hembra de cualquier especie, sintiéndolo mucho, rechazaría todas esas atenciones, y si fuera una novilla, como en este caso concreto, indudablemente preferiría quedarme seca. Sin embargo, debo admitir que, desde el punto de vista doméstico, el celibato de una vaca presenta un aspecto completamente distinto y lo mejor para todos sería que fuera ardiente.

—Sí —dijo Jack—, sería lo mejor. Aquí tienes el jardín de Sophie; estará lleno de rosas el próximo mes de junio. ¿Crees que los rosales tienen el tallo un poco largo, Stephen? ¿Crees que debería volver a cortarlos este invierno?

—No sé nada de jardinería —respondió Maturin—, absolutamente nada, pero me da la impresión de que están un poco..., ¿cómo diría...? Raquíuticos.

—No sé lo que ocurre —dijo Jack—, pero parece que no tengo mucha suerte con las plantas ornamentales. Esto se suponía que iba a ser un seto de lavanda, ¿sabes. Los esquejes se trajeron de Mapes. Pero ven a ver mis coles; estoy muy orgulloso de ellas.

Atravesaron un portón y fueron hasta un cuadro de hortalizas en la parte de atrás de la casa, un mar de hojas con una montaña de estiércol grande y humeante detrás.

—¡Ahí las tienes! —exclamó Jack—. ¿Habías visto alguna vez algo igual?

—No —contestó Stephen.

—Tal vez te parezca que están muy cerca, pero las planté según los cálculos que obtuve con este razonamiento: un hombre

dispone de catorce pulgadas para colgar su coy, un hombre se come una col, y la parte no puede ser mayor que el todo. El resultado ha sido sorprendente. —Se rio con satisfacción—. ¿Te acuerdas de aquel romano que no podía soportar cortarlas?

—Diocleciano, me parece.

—Exacto. Ahora le comprendo perfectamente. Pero, ¿sabes una cosa?, cuando me decido a romper una hilera me dan muy pocos ánimos. Siempre oigo ese estúpido grito: «¡Orugas!». Si hubieran comido la décima parte de los gorgojos y boteros que nos hemos comido nosotros con las galletas durante el bloqueo, un mes tras otro, darían gracias al cielo por mandarles una decente oruga verde.

Permanecieron un rato contemplando el bancal de coles y, en medio del silencio, Stephen pudo oír el ruido de innumerables mandíbulas. Apartó la mirada de aquella masa verde y, al dirigirla hacia la montaña de estiércol, vio encima de ella los boletos, rebozuelos, pies azules y cabezas de fraile que había recogido poco antes. El ruido de un portazo en la parte alta de la casa sacó a ambos de sus meditaciones; luego se oyeron fuertes pasos en el interior y finalmente se abrió la puerta de atrás, dejando paso a una mujer robusta y de cara roja que era idéntica a la señora Williams en todo menos en que tenía el ojo izquierdo estrábico y un fuerte acento escocés. La mujer llevaba su baúl al hombro.

—Pero, Bessi, ¿dónde vas? —preguntó Jack—. ¿Qué haces?

La mujer sentía tal rabia que durante unos momentos estuvo moviendo los labios sin emitir ningún sonido, y, por fin, de repente, las palabras empezaron a salir atropelladamente, acompañadas de una mirada tan malévola que Stephen se persignó.

—Carácter, carácter, eso es lo que necesito. Es tacaña con el azúcar y más tacaña aún con el té... Carácter es todo lo que necesito —iba diciendo mientras desaparecía tras la esquina de la casa.

Mientras Jack la seguía con la mirada, dijo en voz baja:

—Es la cuarta este año. Esto es terrible, Stephen; dirigí a una tripulación de más de trescientos hombres en un barco con facili-



dad, era como coser y cantar, pero en esta casa, en cambio, no puedo lograr la más mínima disciplina. —Se quedó pensativo, y después de una pausa continuó—: Sabes muy bien que no soy amigo de usar el látigo en la mar, pero reconozco a mi pesar que puede ser de utilidad. —Volvió a quedarse pensativo y su rostro adquirió la expresión severa e implacable de quien ordena dar una docena de latigazos; luego esa expresión fue sustituida por otra preocupada—. ¡Oh, Stephen, qué anfitrión más malo soy! Debes de estar rendido. Entra, entra y tomaremos un vaso de grog. Por aquí. No te importará pasar por la trascocina, sin ceremonias, ¿verdad? Sophie seguramente estará en el frente de la casa.

Mientras hablaba, se abrió una diminuta ventana justo encima de ellos y Sophie asomó la cabeza. Tenía una expresión distraída que, inmediatamente, se transformó en otra llena de regocijo con la más dulce de las sonrisas.

—¡Stephen, qué contenta estoy de verte! —exclamó—. Entra. Bajaré enseguida.

Stephen se quitó el sombrero, hizo una inclinación de cabeza y besó su propia mano, aunque podría haber alcanzado la de ella desde donde estaba.

—Pasa y ten cuidado de no darte con la viga en la cabeza —le advirtió Jack.

Lo único que había en la trascocina, aparte de una enorme caldera de cobre y el olor de pañales hirviendo, era una joven con el delantal sobre la cabeza meciéndose silenciosamente en la mecedora. Apenas tres pasos bastaron para cruzarla y luego siguieron por un estrecho pasillo que llevaba al salón, una habitación más pequeña y agradable con una ventana de arco. La hacían más espaciosa numerosas argucias marineras, como la colocación de taquillas bajo las ventanas y el uso de los muebles compactos con herrajes de latón típicos de los barcos, pero el efecto lo estropeaban una serie de objetos grandes, incongruentes, nada apropiados para una casa de campo, como un banco de mimbre de respaldo alto con capacidad para cinco o seis personas y un reloj de caja sin

capirote —porque no cabía con él bajo el techo— arrinconado en una esquina, ofreciendo un espectáculo desolador. Jack le preguntó al doctor Maturin si la ventana de arco no le recordaba las de la popa de la corbeta en que habían navegado juntos por primera vez, y apenas había terminado cuando Sophie entró corriendo. La joven besó a Stephen con afecto fraternal y luego, cogiéndole las manos, se interesó por su salud, su estado general y su felicidad con una ternura que a él le llegó a lo más profundo del corazón. Habló con gran rapidez todo el tiempo. Le dijo que estaba asombrada, encantada... ¿Dónde se había metido? ¿Se encontraba bien?... Él no podía imaginarse lo contenta que estaba... ¿Llevaba tiempo allí?... ¿Por qué Jack no la había llamado?... Había perdido un cuarto de hora de estar con él... Estaba segura de que las gemelas lo recordarían... Se alegrarían mucho, y también la pequeña Cecilia, desde luego... Seguro que estaba hambriento... Iba a comerse un pedazo de torta de alcaravea... ¿Cómo *estaba*?

—Muy bien, gracias. Y tú también, querida amiga. Estás radiante, radiante.

Así era. Se había recogido los mechones de pelo que tenía sueltos cuando él la había visto en la ventana, pero uno se le había escapado y a él le encantaba verlo en desorden. Sin embargo, a pesar de la satisfacción que sentía al contemplarla, no podía ocultarse a sí mismo que aquella tendencia a engordar, contra la cual la había prevenido, ya no existía, que si no fuera porque su cara estaba roja de satisfacción se vería ajada e incluso macilenta, y que sus manos, en un tiempo tan finas, ahora estaban ásperas y enrojecidas.

La señora Williams entró en la habitación. Stephen se puso de pie, hizo una inclinación de cabeza y después le preguntó por su salud y la de sus hijas, y respondió a las preguntas de ella. Se disponía a sentarse de nuevo, tras el relato bastante detallado que había hecho la señora Williams de su providencial recuperación, cuando ésta gritó:

—¡En el banco no, doctor Maturin, por favor! Es malo para el mimbre. Estará usted más cómodo en la butaca del capitán Aubrey.

Un fuerte golpe y un quejumbroso grito se oyeron en lo alto de la escalera y Sophie salió apresuradamente de la habitación seguida de Jack. La señora Williams, pensando que se había comportado con cierta brusquedad por la cuestión del asiento, le contó a Stephen la historia del banco desde su fabricación, en tiempos de Guillermo «el Holandés», y le dijo que lo había traído de su querido Mapes —en cuyo salón de verano seguramente él recordaría haberlo visto— porque deseaba que la casa del capitán Aubrey tuviera un aire parecido al de la casa de un caballero y, sobre todo, porque no podía soportar dejarle una pieza tan valiosa y con tanta historia a su inquilino, un hombre rico, sin duda, pero en cierto modo relacionado con el comercio, ya que las personas de esa condición no tendrían reparo en sentarse en él. Asimismo, le dijo que el reloj también procedía de Mapes y que era el más exacto del condado.

—Y es además un hermoso reloj —dijo Stephen—. Un regulador, me parece. ¿No se puede poner en marcha?

—¡Oh, no, señor! Si se pusiera en marcha, las piezas del mecanismo enseguida empezarían a gastarse —respondió la señora Williams con una mirada compasiva, y entonces pasó a hablar del desgaste en general y del coste prohibitivo de las reparaciones, haciendo un inciso para señalar lo inútil que era el capitán Aubrey en casa.

La voz del capitán Aubrey, bien calculada para que llegara de una punta a otra de un barco en medio de una tempestad, era poco adecuada para hablar en el tono susurrante y confidencial del hogar, y entre el torrente de palabras de la señora Williams se oía a intervalos aquella voz atronadora, tal vez sin tan buen humor como en otro tiempo, insistiendo en que se podía aderezar un pedazo de jamón de buen tamaño y se podía preparar un pastel de carne en un momento. Stephen centró su atención en la señora Williams y, haciéndose sombra con la mano sobre los ojos, la observó con detenimiento. Aparentemente, la desgracia había tenido muy poco efecto sobre ella, pues su constante e imperioso deseo de dominar parecía incluso acrecentado. Tenía buen as-

pecto y estaba tan alegre como lo permitía su propia naturaleza. Las frecuentes referencias a su antigua grandeza daban la impresión de ser referencias a un mito en el que no creía, un sueño del que había despertado para encontrarse con su realidad actual. Quizás había nacido para desempeñar el papel de una ingeniosa administradora con sólo doscientas libras al año y ahora por fin cumplía la función que tenía predestinada. ¿Su actitud demostraba una asombrosa valentía o simple insensibilidad? Desde hacía rato hablaba de la servidumbre haciendo su habitual sarta de observaciones sin importancia con una gran convicción y locuacidad. Decía que en su juventud los sirvientes eran perfectos, pero ahora eran difíciles de encontrar, imposibles de conservar, vagos, falsos, deshonestos y a menudo sumamente malvados.

—Esta misma mañana, esta misma mañana —dijo—, he sorprendido a la cocinera con un montón de hongos venenosos en las manos. ¿Puede usted creer que exista tanta maldad, doctor Maturin? ¡Tocar los hongos venenosos y luego, con las manos asquerosas, tocar la comida de mis nietas! Ya ve usted de lo que es capaz una escocesa.

—¿No admitió usted sus explicaciones, señora?

—¡Por supuesto que no! Todas eran mentiras, ¿sabe? Era mentira que los encontrara en la cocina. Los tiré por la puerta y le dije cuatro verdades. ¡Carácter es lo que necesita en realidad! ¡Y no quiera ella encontrarse con uno!

Después de una corta pausa, Stephen dijo:

—Esta mañana he visto un quebrantahuesos en ese hermoso grupo de árboles que está cerca del camino.

—¿De verdad, señor? Me sorprende usted. ¿En ese pequeño bosque que se ve desde la ventana? No está mal para Hampshire, pero cuando conozca este lugar tan bien como yo verá que no es nada comparado con los bosques de Mapes, que se extendían hasta el condado vecino, señor, y estaban llenos de quebrantahuesos; el señor Williams solía cazarlos a montones. Me atrevería a decir que el quebrantahuesos que vio usted es de Mapes y se ha extraviado.